

CORINA BOMANN

El templo del jazmín

**Dos mujeres que retan a la vida.
Una historia de amistad, amor y superación.**

Traducción

LAURA MANERO JIMÉNEZ



MAEVA

Prólogo

ENERO

— ¡Venga, sal de una vez!

Impaciente, Melanie se retiró de la cara un mechón que se le había soltado de la trenza. Llevaba media hora esperando junto a la cinta de equipajes. Una maleta tras otra iban pasando por delante de ella; todas menos la suya. Casi empezaba a temer que se hubiera extraviado. No lo sentía por su ropa, ya que de viaje y en el trabajo vestía de una forma sencilla y práctica. Vaqueros, camisetas, camisas, botas de batalla y, si hacía calor, tops de tirantes, pantalones cortos y sandalias. Todo ello ocupaba en esos momentos aproximadamente un setenta por ciento de su maleta, pero convertido en un rebusco sudado. La cámara, por suerte, la llevaba siempre consigo como equipaje de mano.

No era muy aficionada a los *souvenirs*, pero en ese viaje había comprado algunos recuerdos cuya pérdida sí habría lamentado mucho: un orondo buda de jade que le había ofrecido un vendedor en las calles de Saigón, una ilustración antiquísima hecha sobre papel de arroz que retrataba un paisaje montañoso, y dos móviles de viento adorables, uno para ella y otro para su abuela y su bisabuela. El regalo del que más orgullosa se sentía era el de su prometido, Robert. Había conseguido encontrar dos monedas antiguas con dragones, de las que decían que traían suerte. Estaban acuñadas en el año 1654 y se las había comprado a un vendedor ambulante. Melanie las adquirió sin pensárselo mucho, pero luego se martirizó durante horas pensando si no serían robadas. Después de que la dueña de la pensión le asegurara que era muy frecuente encontrar monedas como esas en las casas viejas y que, sin duda, todo era

legal, las metió en el equipaje y las pasó por la aduana sin ningún problema.

Como la siguiente maleta tampoco era la suya, sacó el móvil del bolsillo de la cazadora y lo encendió. Enseguida le apareció un mensaje de texto de Robert en la pantalla. Se lo había escrito a las 7.05 de la mañana, seguro que nada más levantarse. Melanie sonrió. Cuando regresaba a casa de un viaje de trabajo, él siempre la recibía con un breve mensaje.

«Bienvenida a casa, cielo. Por desgracia no puedo ir a buscarte, pero pienso en ti. Ahora tengo una reunión, ya celebraremos tu regreso esta noche como se merece. Qué ganas de abrazarte otra vez. Besos, Robert.» ¿Qué le habría preparado en esta ocasión? Cuando pasaba muchos días fuera, Robert siempre planeaba algo para su vuelta: una obra de teatro, una película, o simplemente una maravillosa noche tranquila, con velas y champán. «Hola, querido novio abandonado. He llegado bien, pero estoy esperando la maleta. ¿No puedes hacer algún tipo de magia para que aparezca? Tengo mucho que contarte y que enseñarte, estoy impaciente por verte. Besos, Melanie.»

Hacía seis años que trabajaba como fotógrafa de moda, una profesión estresante, pero que le había dado la oportunidad de visitar los rincones más hermosos del planeta. Saris coloridos ante el Taj Mahal, quimonos de una seda de ensueño en la antigua ciudad imperial de Kioto, trajes de noche en Venecia, creaciones atrevidas en Nueva York y joyas legendarias en El Cairo llenaban sus *books* fotográficos y las páginas de muchísimas revistas de moda. A sus veintinueve años ya había recorrido medio mundo.

Unos meses antes se había puesto a dar saltos de alegría al recibir una oferta de una gran firma para ir a Vietnam a realizar una sesión de fotos. Por un lado, porque esos encargos no solían caer del cielo; por otro, porque con ese país la unía un vínculo especial, ya que su bisabuela Hanna era de allí. Hacía mucho que quería visitar la tierra de sus antepasados, pero hasta entonces no había tenido ocasión de hacerlo.

Melanie hubiera preferido viajar con Robert, pero, aunque él se hubiera podido tomar unos días libres en el trabajo, a la agencia tampoco le habría hecho mucha gracia que se pasara el rato dando paseos románticos. Tenían una agenda muy apretada y la firma de moda quería mantener los gastos tan a raya como fuera posible. Por eso apenas le había quedado medio día para disfrutar de la ciudad de Ho Chi Minh, el antiguo Saigón, visitar sus templos y comprar un par de detalles. También hizo fotografías: mujeres con los típicos sombreros de arroz, niños que jugaban y soñaban despiertos en el bordillo de las calles, puestos de mercado en los que se vendían especias y hierbas de todos los colores imaginables, y ancianos que mascaban nuez de areca sentados en banquitos frente a sus casas y que, de vez en cuando, mostraban los dientes teñidos de rojo con una sonrisa.

Durante el vuelo de regreso no había podido quitarse una idea de la cabeza. Si iban de viaje de novios a Vietnam, podría conocer el país de verdad y al mismo tiempo enseñárselo a Robert. Como no pensaban casarse hasta agosto, aún no tenían planes muy concretos en cuanto al viaje. Tal vez podría convencer a su prometido.

¡Vaya, por fin, mi maleta!, pensó Melanie al ver aparecer su equipaje en la cinta.

En el vestíbulo del aeropuerto se encontró con una muchedumbre agobiante. Frente a los mostradores de varias compañías aéreas se habían formado largas colas, y también había viajeros que se paseaban por las numerosas tiendas para matar el tiempo mientras esperaban. Melanie se alegró de poder salir al fin del edificio.

Berlín la recibió con sus temperaturas gélidas y un cielo cargado de nubes bajas. Ni siquiera los vivos colores de las vallas publicitarias conseguían disimular el gris de enero. Helada de frío, se ciñó más la cazadora alrededor de los hombros. ¡Qué agradable había sido el tiempo en el mar de la China Meridional!

Por suerte el autobús no se hizo esperar demasiado, aunque iba lleno hasta los topes. Las masas de viajeros se apretaron

en su interior y, encajonada entre dos hombres de negocios, Melanie tuvo que quedarse de pie. Ya soñaba con darse un baño caliente y disfrutar de un poco de tranquilidad. Como Robert no solía volver del despacho hasta las cinco, aprovecharía ese tiempo para hacerle una visita a su madre, que tenía una sombrerería en Invalidenstrasse. Su madre aprendió a confeccionar sombreros gracias a la abuela Hanna, que en la década de 1950 causó sensación con sus creaciones entre la flor y nata parisina. La mujer, llena de orgullo, le contaba a todo el mundo que incluso la joven reina Isabel de Inglaterra había comprado en su tienda.

De repente, Melanie oyó una melodía que salía de su bolsillo. ¿Quién llamaría a esas horas? ¿Robert? No, seguro que todavía estaba en la reunión. ¿Su madre? No, no era típico de ella. Debía de ser Charlotte, de la agencia, que quería saber si había aterrizado bien. Su representante en la agencia de fotografía era una treintañera vivaracha y con la habilidad de conseguir los mejores trabajos para fotógrafos de moda. Melanie la visualizó, mirándose las uñas pintadas de colores diferentes mientras sonaban los tonos de llamada para luego, cuando saltara el buzón de voz, empezar a parlotear con alegría. Como no le apetecía caerse encima de ninguno de los hombres de negocios si el autobús tomaba una curva con cierta brusquedad, dejó sonar el móvil y miró fuera, hacia las fachadas del distrito berlinés de Reinickendorf. Al pasar frente a una tienda de vestidos de novia con unos modelos en el escaparate que parecían merengues de colores pastel, no pudo contener una sonrisa. ¿La aceptaría Robert como esposa si elegía un vestido de esos? Seguro que sí, aunque en realidad tanta pomposidad no iba con ella. Se imaginaba más con un modelo sencillo y ceñido al cuerpo, tal vez un diseño de inspiración histórica. En el Museo de la Moda de su bisabuela había un vestido precioso que, aunque ya no podía utilizarse, sí podía reproducirse. En lugar de velo, Melanie quería llevar en el pelo unas flores de jazmín. Seguro que Robert la encontraría deslumbrante.

Volvió a sonarle el móvil. ¡Madre mía, Charlotte, sí que estás pesadita hoy!, pensó, y como la escasez de espacio en el

autobús seguía siendo la misma, otra vez dejó que sonara y se hizo el firme propósito de devolverle la llamada en cuanto llegara a casa. Quizá se tratara de algo importante.

Media hora después, por fin llegaron a su parada. Melanie bajó la maleta a rastras y, feliz de liberarse de aquellas apreturas, echó a andar por la calle. Su edificio quedaba cerca de una guardería. Ya desde lejos se oía gritar a los niños, que jugaban en el patio a pesar del frío.

Cuando tengamos hijos, bromeaba Robert a veces, podrás llevarlos allí. Melanie, de todas formas, no estaba muy segura de querer niños tan pronto. Estaba en la mejor edad para ser madre, desde luego, pero en su caso eso implicaba dejar el trabajo una temporada, y todavía no se veía preparada para hacerlo.

El apartamento la recibió como siempre, con sus colores cálidos y el delicado aroma a rosas que procedía de un maravilloso ramo de flores blancas y rosadas que había al lado de la mesita del teléfono. Melanie dejó la llave en la mesa junto a la puerta con una sonrisa. La lucecita roja del contestador automático parpadeaba. Olió las rosas un momento, apretó el botón de «Mensajes» y llevó la maleta al dormitorio. El contestador tenía el volumen lo bastante alto para que pudiera oírse desde todos los rincones del piso.

«Tiene tres mensajes nuevos», informó el aparato con su voz monótona, y empezó a reproducirlos.

«Hola, soy Charlotte. Seguro que todavía estás en el avión, ya lo sé, pero cuando llegues a casa llámame, ¿vale? ¡Tengo para ti un encargo con el que te vas a chupar los dedos! ¡Solo te diré que son dos semanas en el Caribe! ¡O sea que llámame!»

¡Bip!

«Estimada señora Sommer, es usted la afortunada ganadora... ¿Oiga? ¿Hay alguien?... Tuuut, tuuut, tuuut...»

¡Bip!

«Buenos días, aquí el jefe de policía Werner. Por favor, póngase en contacto conmigo lo antes posible en el siguiente número...»

Melanie todavía estaba sonriendo de medio lado por ese confuso mensaje de propaganda, pero se quedó helada de

pronto. ¿La policía le había dejado un mensaje en el contestador automático? Se le disparó el corazón. Enseguida sacó el móvil del bolsillo de la cazadora. Las dos llamadas perdidas eran justamente del número que acababa de darle ese agente. Llamó enseguida y, mientras lo hacía, el carrusel de sus pensamientos se puso a girar a toda velocidad. ¿Le habría ocurrido algo a Robert? ¿O a su madre?

Después de cinco tonos de llamada, por fin contestó alguien.

—Sí, soy Melanie Sommer, ¿intentaban localizarme?

El policía se lo confirmó y le explicó de dónde había sacado su número de teléfono. Solo un aliento después, el mundo de Melanie se hizo añicos.

—El señor Michaelis ha tenido un accidente sobre las siete treinta en la autopista, en dirección a Oranienburg —informó el jefe de policía.

—¿Qué? —preguntó Melanie, desconcertada.

Había oído las palabras con claridad, pero era incapaz de procesar la información. ¿Que Robert había tenido un accidente? ¡Pero si siempre era prudente al volante! ¡Además, controlaba muy bien su Volvo!

—Quizá a causa del hielo que había esta mañana en la carretera, su coche se ha salido de la calzada. El Volvo ha atravesado el quitamiedos y ha volcado —continuó el agente, sin hacer caso de su pregunta.

Melanie negó con la cabeza. Las rodillas le fallaron y tuvo que dejarse caer sobre el borde de la cama. Hielo en la carretera, quitamiedos... ¡No, no era posible!

—¿Está seguro de que se trata de Robert Michaelis? —preguntó. También podía ser que le hubieran robado el coche y que su documentación siguiera en la guantera.

—Hemos podido identificarlo sin lugar a dudas gracias a sus documentos. Además, llevaba el móvil consigo.

El verbo «identificar» desató el pánico en Melanie.

—¿Qué le ha ocurrido? ¿Está vivo? —preguntó enseguida.

—Según la información de que dispongo, lo han llevado a las urgencias del Charité. Si quiere, le doy el número.

Melanie contestó que sí, anotó mecánicamente la serie de dígitos y después colgó sin esperar más explicaciones del policía.

Robert había sufrido un accidente. ¡A las siete y media de la mañana! Abrió el mensaje de texto que le había enviado. Hora: 7.05. Había ocurrido veinticinco minutos después. ¿Habría consultado el móvil esperando una respuesta suya? ¡Ella siempre le decía que no mirara el teléfono cuando conducía!

Se guardó el móvil en el bolsillo, buscó su bolso y corrió hacia la puerta. No pensaba limitarse a llamar. Quería hablar con el médico que lo estaba atendiendo. Quería decirle que cuidara bien del hombre al que amaba.

Cuando llegó a las urgencias del Charité, dejó su Toyota azul entre dos enormes todoterrenos que había en el aparcamiento de las visitas y corrió hacia la entrada. Durante el trayecto había derramado muchísimas lágrimas. ¡Aquello no podía estar pasando! ¿Por qué había tenido que tocarle a Robert? Nunca le hacía daño a nadie, siempre era simpático y cariñoso... Pero seguramente eso no tenía nada que ver en caso de accidente. Algo así le podía suceder a cualquiera, fuera ángel o demonio.

Las puertas de cristal se abrieron con un siseo y el olor a hospital golpeó a Melanie como una bofetada. La enfermera de la recepción la miró con una expresión algo gruñona. En esos momentos el personal médico se llevaba a un hombre en una camilla hacia una puerta de vaivén. Por su cabellera rubia algo encanecida, Melanie enseguida supo que no se trataba de Robert.

—Disculpe, por favor, me llamo Melanie Sommer y soy la prometida de Robert Michaelis. La policía me ha llamado para decirme que lo han traído aquí.

—Síntese ahí un momento, por favor, voy a informarme —contestó la enfermera, y levantó el auricular del teléfono.

Melanie estuvo a punto de explotar y soltarle que cómo podía no saber algo así sin tener que consultarlo... A fin de cuentas, los pacientes de urgencias pasaban por delante de sus narices y era ella quien realizaba los ingresos. Sin embargo, se mordió la lengua. Se fijó entonces en las demás personas de la sala de espera, a quienes parecía darles igual lo mal que lo estuviera pasando. Una mujer se había colocado el chaquetón bajo la cabeza y dormía. Un hombre mayor sostenía un periódico que le tapaba la cara. Una joven tecleaba en su móvil como una posesa.

A Melanie no le apetecía sentarse con ellos, así que permaneció de pie frente al mostrador.

Pasaron los minutos. La enfermera daba la sensación de ir comunicándose por teléfono con una unidad tras otra. ¿Es que allí nadie sabía nada de Robert? Tal vez no había sido más que una equivocación. ¿Alguien le había robado el móvil? ¿La documentación? Pero el jefe de policía le había dicho que lo habían identificado «sin lugar a dudas»...

—¿Señora Sommer? —La voz de la enfermera interrumpió sus cavilaciones—. El señor Michaelis ha entrado en quirófano, es probable que pase bastante tiempo antes de que pueda decirle algo más. ¿Quiere quedarse aquí o prefiere esperar en casa?

¿Regresaría usted a casa mientras su prometido se debate entre la vida y la muerte?, estuvo a punto de escapársele a Melanie, pero le fallaron las fuerzas. Sentía el estómago vacío y las piernas débiles. Robert estaba vivo, pero intuía que esa vida pendía de un hilo.

—Me quedaré aquí —se oyó decir, y enseguida se apresuró hacia donde aguardaban los demás.

De pronto tuvo mucho calor, así que se quitó la cazadora y la dejó doblada en su regazo. Al hacerlo, le dio la sensación de haberse metido en una burbuja que la aislaba tras una fina membrana del paso del tiempo y de las demás personas. No pensó en avisar a nadie. De ninguna manera quería que su madre se preocupara. En lugar de eso, dejó que su mente vagara libre por los pasillos del hospital, aunque no los conocía,

y, cuando llegó al quirófano donde los médicos se esforzaban por salvar a Robert, le pidió que regresara con ella. No me dejes sola, por favor...

Al cabo de una hora de estar allí sentada viendo cómo ingresaban otros pacientes en urgencias, un cansancio aplastante se apoderó de ella. Hola, señor Jetlag, pensó a la vez que cerraba los ojos. Quizá me venga bien dormir un poco. Entonces todo pareció desvanecerse. Su dolor de estómago, las voces e incluso la sirena de una ambulancia que llegaba a toda velocidad. Todo quedó en silencio y Melanie creyó oír incluso el murmullo del mar...

Hundió los dedos en la espuma del oleaje. El agua se deslizaba sobre la arena con un suave susurro, bañaba su mano y luego se retiraba otra vez.

Esa mañana el mar estaba muy tranquilo. Las olas rompían con cadencia y empujaban algunas algas y unas cuantas conchas hasta la playa. El cielo, en sintonía con esa delicada sensación, estaba cubierto de unos velos de bruma rosa claro. Las rocas descollaban como oscuros vigías en el espejo del mar. Melanie inhaló ese aire cálido y con olor a algas, y sonrió. Aquello era un auténtico paraíso.

—¿Melanie? —La suave voz oscura que siempre le recordaba al terciopelo color azul medianoche la sacó de su ensimismamiento.

Se volvió hacia un lado y lo vio, de pie, unos pasos detrás de ella. Su cuerpo, esbelto y atlético, vestido con pantalones color caqui y una camisa blanca; esa barba que le confería a sus rasgos marcados un carácter audaz. El viento de la mañana le había alborotado la corta cabellera rizada. Con el palafito y el suave cielo matutino al fondo, parecía un modelo dispuesto a extasiar al universo femenino desde una revista de papel cuché.

Melanie sonrió, le dio la espalda al mar y corrió hacia él. Se besaron, y entonces Robert dijo:

—Tenemos que ir al *ferry*. No querrás que zarpe sin nosotros, ¿verdad?

Ya en el muelle, vio a otros pasajeros que también querían embarcar. Había una gran aglomeración.

—No te preocupes, yo estoy contigo —dijo Robert mientras le aferraba la mano y tiraba de ella entre el gentío—. No vamos a perdernos tan pronto.

Poco después apareció el *ferry*. El barco atracó en el muelle y los tripulantes lanzaron las amarras, pero el pasaje no desembarcó. Algo conmocionó entonces a la muchedumbre.

Melanie no podía ver qué ocurría, solo que la gente se dejaba llevar por el pánico. Algunos intentaban alcanzar la embarcación, otros parecían haber cambiado de idea y querer dar marcha atrás. Empezaron a tirar de ella con tal fuerza que temió perder a Robert.

—¡Sujétame fuerte! —le gritó, pero aunque la mano de él estaba bien cerrada sobre la suya, al final lograron separarlos.

A pesar de que Melanie quería llegar al barco, los que empujaban en dirección a tierra firme la arrastraban consigo. La cabeza de Robert desapareció entre la multitud. Ella lo llamaba, pero de su garganta no salía ningún sonido, y no hacían más que empujarla hacia tierra mientras que Robert se perdía en el interior del *ferry* con el resto de la gente. ¿Acaso no se daba cuenta de que le había soltado la mano? ¿O es que no podía dar marcha atrás? Presa del pánico, Melanie intentó abrirse camino entre la muchedumbre, pero, cuando por fin consiguió llegar, el barco ya había zarpado. Vio a Robert en cubierta, que le hacía señales y le decía algo que ella, no obstante, no entendía. Desesperada, alargó una mano hacia él, pero ya lo había perdido.

—¿Señora Sommer?

Melanie despertó sobresaltada de su sueño cuando alguien le tocó el hombro. Confusa, levantó la mirada. Habían pasado las horas, era por la tarde y el sol había conseguido ahuyentar el gris de la lluvia, pero había tardado demasiado y ya se estaba poniendo por detrás de los edificios del hospital. Ante ella tenía a la enfermera de recepción. Justo entonces comprendió

que no se encontraba en el aeropuerto, como había supuesto en un principio, sino en la sala de espera de urgencias. ¿Cuántas horas había dormido?

La enfermera parecía preocupada.

—¿Se encuentra usted bien?

Melanie asintió con la cabeza.

—El señor Michaelis acaba de salir de quirófano y ahora está en cuidados intensivos. Al doctor Paulsen, el médico que lo ha atendido, le gustaría hablar con usted.

Esas palabras la sacudieron como una descarga eléctrica.

—Entonces, ¿está vivo? ¿Cómo se encuentra?

—Debería hablar con el doctor Paulsen, él se lo explicará todo mucho mejor... —La enfermera le hizo un gesto de ánimo con la cabeza y después señaló una puerta.

—Gracias.

Melanie se levantó, agarró la cazadora y echó a correr.

Guiada por la enfermera responsable, pasó por delante de varias puertas cerradas tras las que se oían pitidos de diferentes tonalidades entreverados con chasquidos y resuellos de máquinas diversas. En una de estas habitaciones se encuentra Robert, pensó de súbito, y justo entonces se le cerró la garganta y empezó a dolerle otra vez el estómago.

La enfermera condujo a Melanie hasta una sala de consultas y le pidió que esperara allí. Unos minutos después apareció el médico, un hombre muy alto vestido con ropa de quirófano.

—¿Señora Sommer? —Le ofreció la mano, que olía a jabón y desinfectante. Tenía el pelo algo canoso en las sienes, y sus ojos castaños la miraban con afabilidad—. Soy el doctor Paulsen. Yo he atendido y operado al señor Michaelis.

Melanie asintió con la cabeza, pero no fue capaz de pronunciar un «Encantada de conocerlo». Por suerte, el médico tampoco parecía esperar una respuesta.

—¿Cómo...? ¿Cómo está? —preguntó con el corazón encogido mientras el hombre tomaba asiento tras el escritorio.

—En estos momentos es difícil decir nada. Está vivo, pero su estado reviste mucha gravedad. —Abrió el historial clínico

de Robert—. Nos lo han traído sobre las ocho, con numerosos traumatismos y una fractura en el cráneo. Las radiografías han mostrado una hemorragia cerebral causada por las heridas, que hemos tenido que tratar mediante la operación.

A las ocho. Más o menos a esa hora ella iba en el autobús, encajonada entre los demás pasajeros.

Melanie se alegró de estar sentada.

—¿Ha...? ¿Ha sufrido daños cerebrales?

—Sí, entre otras cosas. La hemorragia le ha provocado una gran presión bajo la bóveda craneal y no queríamos que el cerebro acabara más perjudicado aún, de modo que nos hemos encargado de descongestionarla.

Melanie cerró los ojos. No era capaz de imaginar con claridad una herida tan grave en la cabeza, pero todo eso de la presión en la bóveda craneal, la hemorragia y la descongestión sonaba muy mal.

—¿Y en qué estado se encuentra ahora?

—Por el momento, estable. Pero en esta fase pueden producirse imprevistos. Hacemos todo lo que está en nuestra mano para que recupere la salud.

Esta vez no supo qué contestar. A sus oídos, lo que decía el doctor Paulsen sonaba como una frase sacada de una serie de médicos, de esas que, cuando aparecían en la tele, cambiaba de canal.

Un peso insoportable parecía comprimir de pronto su pecho y lastrar sus hombros, y al mismo tiempo se sentía extrañamente entumecida.

—¿Puedo verlo?

El doctor Paulsen asintió.

—Sí, pero solo un momento. Está en cuidados intensivos y bajo vigilancia constante. También debería saber que ha quedado en coma, así que no podrá hablar con él.

Esas palabras fueron como una bofetada.

—¿En coma? ¿Se refiere a un coma inducido?

—El coma se ha producido de forma espontánea. Su cuerpo ha reaccionado así a las heridas.

—¿Y cuándo despertará? —Melanie, desesperada, buscó en su recuerdo cualquier información que hubiera recopilado en algún momento sobre los comas, pero no le venía nada a la cabeza.

—Es probable que cuando su cuerpo esté preparado para ello. De momento, el coma le sienta bien. Ayuda todo lo posible al organismo en su recuperación.

—Y... ¿sufrirá daños permanentes? —preguntó Melanie con inseguridad, aunque al instante se reprendió a sí misma. ¡Alégrate de que siga vivo!

—Eso todavía no podemos decirlo, es demasiado pronto. Le sugiero que vuelva a venir por aquí mañana o pasado, o que llame por teléfono. Tal vez sepamos ya algo más. En caso de que se produjera algún cambio, enseguida la avisaríamos, por supuesto.

Unos minutos después, Melanie salía del hospital como si estuviera anestesiada. No notó el frío que le cortaba el rostro al ir hacia el aparcamiento. No oyó los crujidos de la nieve helada que crepitaba bajo sus botas. La imagen de Robert inmóvil y con el cuerpo conectado a varios aparatos le ardía ante los ojos; las palabras del médico eran lo único en lo que podía pensar en esos momentos. Robert estaba gravemente herido y en coma. Nadie sabía cuánto tiempo seguiría así, y solo las estrellas podían decir si llegaría a recuperarse algún día.

Ese estúpido sueño... El *ferry*... ¿Qué significaba? ¿Quería advertirle que había perdido a Robert? ¿Que él se encontraba ya de camino al otro mundo? ¡No, no podía ser! ¡Robert no podía abandonarla, ni en ese momento ni nunca!

Apenas consiguió llegar hasta su coche antes de que las rodillas dejaran de sostenerla. El miedo le atenazaba la garganta. Se desplomó en el asiento del conductor, puso las manos en el volante y entonces, por fin, llegaron las ansiadas lágrimas.

1

ABRIL

Amor mío:

Hace tres meses que no estás conmigo. Es decir, por supuesto que estás aquí. Veo tu cuerpo en el hospital, conectado a las máquinas que te mantienen con vida mientras duermes. Pero no oigo tu voz, no siento el tacto de tus manos y ya no me miras.

¿Dónde estás? ¿Andas quizá perdido por un laberinto del que no puedes encontrar la salida? Sí, así me imagino tu coma. Como un laberinto que te tiene prisionero. Tal vez buscas una salida; o tal vez te has rendido a tu destino y ya solo vives agazapado en un rincón, demasiado débil para seguir adelante.

Yo misma me siento cada día más débil y no sé cuánto tiempo podré seguir soportando todo esto.

¿Oyes quizá mi voz? ¿Intentas ir hacia ella? Por si acaso, continuaré llamándote todos los días. Intento no perder la esperanza de que encontrarás la fuerza para regresar de nuevo.

Seguro que recuerdas que queremos casarnos este verano, ¿verdad? Sin duda lo sabes, y faltan todavía cuatro meses. Tiempo suficiente, ¿a que sí? Tiempo suficiente para que encuentres el camino. Yo intentaré aguantar.

Si puedes, hazme una señal que me diga qué hacer para sacarte de ahí. Lo cierto es que ahora duermo muy mal, pero tal vez podrías encontrar un hueco entre mis sueños.

Vuelve conmigo, por favor. Te añoro muchísimo.

*Te quiere,
tu Mel*

En la villa no había cambiado nada. Sus muros rojos y blancos, sobre los que descollaba una pequeña torre, se alzaban entre un mar de vegetación. Las primeras hojas verde claro brotaban ya en los árboles, y en las praderas brillaba el amarillo de incontables dientes de león.

Melanie redujo la velocidad del coche para contemplar el lago que limitaba con la propiedad y que tenía casi una tercera parte de su superficie cubierta de nenúfares. Un cisne trazaba majestuosos círculos sobre el agua. Las nubes vespertinas parecían algodones rosados que se reflejaban en él. Por primera vez en meses sintió que la invadía un sentimiento de calidez. ¡Cuánto hacía que no visitaba aquel lugar! Recordaba días de vacaciones y fines de semana felices, las fiestas navideñas en el gran vestíbulo y las incontables noches de tormenta que había pasado despierta hasta que los truenos habían cesado.

Seguramente su madre tenía razón y pasar unos días con su bisabuela le sentaría bien. Al principio, Melanie se había resistido, pero luego reconoció que sería mejor poner un poco de distancia. Los últimos meses habían sido un infierno. Se había pasado casi todos los días sentada junto a la cama de Robert con la esperanza de que sucediera algo. Sin embargo, el coma seguía teniendo a su prometido tan preso como el primer día. A los médicos no les parecía extraño, pero la esperanza de Melanie de poder volver a mirarlo a los ojos y decirle que lo amaba disminuía un poco cada día que pasaba.

Después de bordear el lago, enfiló el camino de grava y dejó atrás el cartel del Museo de la Moda de Blumensee. Lo habían fundado su bisabuela y su abuela hacía unos quince años. Por aquel entonces, las dos acababan de regresar de Vietnam después de haber montado allí una fábrica textil. Ellas necesitaban un nuevo proyecto y dio la casualidad de que la villa de Blumensee, en las afueras de una pequeña localidad de Brandeburgo, buscaba nuevo propietario.

Tras la reunificación de Alemania, el edificio había acabado en ruinas y rehabilitarlo era una tarea enorme para dos mujeres ya mayores y solas. Sin embargo, Hanna y Marie,

haciendo oídos sordos a los vecinos del lugar, que al principio se habían reído de sus intenciones, consiguieron contra todo pronóstico imponer su voluntad. Les habían dado una lección a todos. Hacía unos cinco años que el museo estaba en marcha... ¡y el número de visitantes iba en aumento!

Melanie dejó el coche en el aparcamiento que había junto al edificio principal, alcanzó la maleta del asiento de atrás y se apeó. La grava crujió bajo sus zapatos y el aroma de las primeras flores de la primavera llegó hasta ella. Unas espesas matas de jazmín separaban el jardín de delante del de atrás, cuyo acceso estaba restringido para las visitas. En esos momentos el museo estaba cerrado y el recinto completamente vacío. Solo el ruido de un cortacésped zumbaba a lo lejos. Subió los peldaños que conducían a la entrada principal y llamó al timbre. La bisabuela Hanna había mandado restaurar la vieja campanilla, y su maravilloso soniquete anticuado se oía también desde el exterior. Mientras esperaba, contempló la vieja fuente decorativa que había en el centro de la rotonda formada por el camino de entrada. A causa de las elevadas facturas del agua, solo la ponían en marcha durante el horario de apertura. Los vistosos arriates de flores que bordeaban el camino estaban muy bien cuidados. Entonces resonaron unos pasos en el vestíbulo y una figura delicada apareció un instante en la ventana que había junto a la puerta, que enseguida se abrió.

Marie Bahrenboom, la abuela de Melanie, seguía siendo una belleza a sus setenta y siete años de edad. Llevaba la melena entrecana y plateada recogida en un moño muy elegante. Como siempre después de trabajar, se había puesto un *áo dài*, la vestimenta tradicional que tanto aprendió a amar durante su estancia en Vietnam. Poseía decenas de ellos; el de ese día estaba hecho de una seda azul ciruela decorada con bordados plateados.

Marie abrazó a su nieta con una sonrisa.

—¡Mi pequeña! ¡Ven que te abraza! Cómo me alegro de que vayas a pasar unos días con nosotras. Seguro que te sienta bien.

—Eso espero —repuso Melanie. Los recuerdos que tenía ligados a aquel lugar eran hermosos, pero sabía muy bien que volvería a afligirse en cuanto se quedara sola en su habitación y cayera la noche—. Estas últimas semanas han sido... espantosas.

A menudo se avergonzaba de no poder quedarse sentada junto a la cama de Robert con paciencia y resignación. Le había costado muchísimo acostumbrarse a verlo en aquel estado. Aunque lo amaba, las visitas al hospital le resultaban una carga enorme y, después de tres meses, su cuerpo se rebeló a su manera. Empezó a tener ataques de pánico, y su médico de cabecera pronto temió que acabara hundiéndose en una depresión. Con todo el pesar de su corazón, se había visto obligada a tirar del freno de emergencia.

Marie, que parecía leerle el pensamiento a su nieta, le acarició con suavidad el pelo, que no era negro como el de su abuela, sino castaño; la influencia europea iba calando poco a poco en la familia. Sin embargo, los ojos de Melanie todavía eran achinados, igual que los de todas las mujeres de su estirpe. La herencia vietnamita, como decía siempre Robert.

—¿Cómo se encuentra tu chico? —preguntó Marie después de mirar unos instantes a su nieta.

—Sigue sin cambios. Duerme. Parece que de momento está todo controlado, pero...

Melanie cerró un segundo los ojos e intentó ahuyentar esas imágenes. El hombre guapo y fuerte con quien quería casarse en verano había enflaquecido. Estaba postrado en aquella cama, impotente, lo movilizaban con un somier hidráulico y lo controlaban mediante numerosos monitores.

Abrió los ojos, contuvo las lágrimas y puso fin con delicadeza al abrazo de su abuela.

—¿Dónde está *grand-mère*?

De niña se había acostumbrado a llamar a su bisabuela *grand-mère*, para diferenciar a Hanna de Marie. Había crecido hablando tres idiomas: Hanna le había enseñado vietnamita; Marie, francés, y Elena se había encargado de que, con tanta

palabra extranjera, no olvidara el alemán. Cuando estaban las cuatro juntas, lo cual, por desgracia, sucedía muy poco en los últimos tiempos, sus conversaciones acababan convirtiéndose en una colorida mezcla de los tres idiomas, según en cuál de ellos se les pasara por la cabeza una idea.

—*Maman* está en su salón. Hoy las piernas no le responden como deberían, así que la he dejado sentada frente a la ventana.

—Seguro que le fastidia. —Melanie, que sabía que Hanna era una vieja dama muy ágil y odiaba verse inactiva. ¿Por qué, si no, iba a montar nadie un museo de la moda pasados los ochenta años?

—¡Ya lo creo! Esta mañana estaba de un humor de perros. Detesta los brotes de reuma. Pero, créeme, mañana o pasado a más tardar volverá a correr como un galgo y a mangonear a la conservadora del museo y al jardinero.

Marie la acompañó hasta la escalinata pasando por delante de las salas de exposición. Melanie entrevió los vestidos, que se exhibían en vitrinas de cristal junto a todo lo que lucían las damas de siglos anteriores. Sus abuelas poseían una colección maravillosa de colores y estilos variados en la que no faltaban accesorios como bolsitos, zapatos y sombreros. Costaba creer lo mucho que había cambiado la moda desde la Edad Media hasta la actualidad.

—¿Y qué tal le va la tienda a Elena? —La pregunta de su abuela sacó a Melanie de su contemplación—. Hace muchísimo que no hablo con tu madre por teléfono.

—El negocio va bien. Mamá ha diseñado una nueva colección que quiere presentar en la Fashion Week de este julio.

—¿Y tu trabajo?

—Bueno, yo... hace tiempo que no acepto ningún encargo en el extranjero. —Bajó la cabeza. Echaba mucho de menos hacer fotos y viajar, pero, por miedo a que Robert pudiera empeorar, rechazaba todas las propuestas que la obligaran a salir del país. Si trabajaba, lo hacía en Alemania, pero esos encargos escaseaban porque allí los modistos jóvenes, por

motivos de presupuesto, se ponían ellos mismos tras la cámara o se lo encargaban a algún amigo—. Aun así, cuando hay suerte, mi agencia todavía me encuentra alguna que otra sesión en Berlín.

—Robert no querría que desatendieras tu trabajo. Eso debes repetírtelo siempre. No le haría ninguna gracia que te quedaras todo el día en casa por él.

Melanie suspiró.

—Tienes razón, pero me cuesta mucho concentrarme en otra cosa siempre que tengo que ir al hospital. Y, al salir, estoy tan agotada que no puedo ni pensar en trabajar.

Marie le acarició el brazo para consolarla.

—Estás pasando una época difícil. Yo sentí algo parecido cuando murió tu abuelo. Él solo sobrevivió tres semanas, pero fueron las peores de mi vida.

Melanie agachó la cabeza y frunció los labios. En ese momento no le apetecía hablar de ello, y tampoco quería recibir comprensión por su actitud. Ni compasión. Todo eso no cambiaba nada. Marie pareció darse cuenta y enmudeció al instante.

Subieron la escalera y recorrieron el pasillo sin decir nada hasta que llegaron a la puerta del salón, que estaba entreabierta. El mobiliario de aquella estancia era muy sencillo y representaba a la perfección las diferentes etapas de la vida de Hanna. Había un armario chino lacado con preciosas decoraciones que parecía muy antiguo y que, sin duda, haría palpar con fuerza el corazón de cualquier anticuario. El centro de la sala lo ocupaban unas pesadas otomanas de cuero que debían de proceder de la época colonial. Una orquídea blanca como la nieve florecía en una maceta de piedra de los años cincuenta, y la mesita auxiliar estaba hecha de cristal y metal, y resultaba muy moderna entre los demás muebles. Junto a la puerta abierta del balcón colgaba el móvil de viento que Melanie les había traído de su último viaje. Al verlo sintió una punzada. El suyo seguía todavía guardado en un cajón. Elena le había propuesto colgarlo en la habitación de Robert en el hospital, pero ella no había querido.

Sentada en el amplio sillón de ratán que había frente a la ventana, Hanna parecía pequeña y frágil, sobre todo porque estaba envuelta en una gruesa manta que la protegía del frío. Su rostro era como un mapa de su propia vida, con numerosos caminos cuyos entresijos solo ella conocía. Sus ojos, que desprendían el brillo oscuro del ónice, habían visto mucho. Ya había cumplido los noventa y seis años, pero no parecía tener más de ochenta. En su bisabuela parecía confirmarse la tesis que le había expuesto en cierta ocasión un amigo fotógrafo, según la cual, a partir de cierta edad, la edad desaparecía. En cuanto las arrugas alcanzaban una profundidad determinada, ya no se marcaban más.

También Hanna llevaba puesto un *áo dài*, uno con abundantes y magníficos bordados. Había terminado por preferir la vestimenta típica de su patria. Por comodidad, pero sin duda también por nostalgia.

—¡Melanie, aquí estás! —exclamó al ver a su bisnieta, e intentó ponerse de pie.

Se notaba claramente que le costaba, pero por lo demás parecía muy despierta y activa.

—No te levantes, por favor, *grand-mère*, ya me acerco yo.

Melanie llegó hasta la delicada mujer y la abrazó con mucho cuidado, como con miedo a romperla. Al hacerlo, sin embargo, sintió que ese cuerpo jamás se quebraría, puesto que sus huesos, que se notaban bajo la fina piel, eran muy fuertes. Desprendía un leve aroma a jazmín. Siempre encargaba que le trajeran ese perfume desde París; no había usado ningún otro desde hacía años.

—Cómo me alegro de volver a tenerte aquí. La verdad es que me habría gustado correr a recibirte, pero el reuma... —Hanna soltó una breve risa y señaló una de las otomanas oscuras—. Siéntate, vamos, y cuéntame qué novedades traes.

—Me temo que no muchas. Mamá trabaja ahora sin parar en su nueva colección, y yo intento mantenerme a flote gracias a algún que otro encargo.

—¿Eso quiere decir que no me has traído ninguna revista nueva?

Melanie sonrió.

—Sí, claro que sí. Acaban de salir un par de ellas para las que hice algunas fotos el invierno pasado. Te las daré después, que están en la maleta, debajo del todo.

Hanna asintió contenta.

—Muchas gracias, así por lo menos tendré algo que leer durante mi brote reumático. —Observó unos segundos a su bisnieta y luego añadió—: Iba a preguntarte cómo está Robert, desde luego, pero seguro que desde tu última llamada no ha cambiado nada, o no estarías aquí.

Melanie sacudió la cabeza con tristeza.

—No. Por desgracia, la verdad es que no ha habido cambios. Casi estoy por creer que ya no los habrá. —Soltó un hondo suspiro antes de seguir hablando—. A veces me pregunto cuánto tiempo más aguantaré esta presión. Que esté sentada hoy aquí, y no al lado de Robert, probablemente demuestra que he llegado al límite de mis fuerzas.

—Lo único que demuestra es que necesitabas un respiro —opinó Marie, que se había sentado a su lado—. En ningún caso es señal de debilidad. No hay nadie que pueda estar sin tregua al servicio de otro; en algún momento se necesita tiempo para uno mismo.

Melanie bajó la cabeza. Aún no habéis visto lo abatida que estoy, pensó.

Ese abatimiento había sido la razón que había llevado a Elena a aconsejarle que se tomara un par de días de descanso. Durante una de sus visitas al hospital, la mirada de Melanie se quedó fija en el tubo por el que respiraba Robert. Contempló las gotitas de agua y se imaginó cómo sería tener ese tubo entrándole por un tajo en la garganta. De repente se quedó sin aire, el corazón empezó a latirle con fuerza y se le desplomó la tensión. Intentó llegar a la puerta, pero todo le daba vueltas y no lo consiguió. Cayó al suelo, y una enfermera la encontró y la sacó de allí. El médico llegó corriendo y le aconsejó espaciar un poco sus visitas. Cuando se lo contó a Elena, su madre lo vio claro.

—Vete un par de días a casa de Hanna y Marie. —Su tono no admitía discusión—. No pienso permitir que esto acabe contigo.

—Pero es que es mi prometido... —protestó Melanie con debilidad.

—Es verdad —se limitó a contestar Elena—. Y, si él te viera así, te obligaría a salir de allí al instante.

Con eso quedó todo decidido.

—Me parece que deberíamos comer algo —empezó a decir Hanna después de pasar un rato sentadas las tres juntas en silencio—. Ayúdame a levantarme, cielo.

—También puedo traer aquí la cena —propuso Marie, pero Hanna negó con la cabeza y extendió los brazos.

Melanie le ayudó a levantarse y le ofreció apoyo para llegar hasta el comedor, que quedaba en el otro extremo del pasillo. Por la forma en que los dedos de Hanna se enroscaron en su brazo, notó lo mucho que le costaba caminar. Casi habría preferido llevar a su bisabuela a cuestas, pero seguro que con eso habría provocado enormes protestas por su parte.

Percibió el aroma a especias y arroz. Aunque en realidad Hanna y Marie habían pasado una parte mucho mayor de su vida en Europa, preferían la cocina vietnamita, y Melanie lo agradecía mucho. La decoración del comedor era sencilla y elegante. Lo único que todavía hacía pensar en los ostentosos banquetes del anterior propietario eran los altos espejos que reflejaban de un lado a otro la imagen de los comensales y, así, despertaban la ilusión de que aquella habitación era una gran sala. La araña de cristal que antaño colgaba del techo no había podido salvarse y fue sustituida por una lámpara más simple pero, aun así, con clase.

—Se me ha ocurrido algo que tal vez pueda hacer tu estancia aquí algo más interesante —empezó a decir Hanna cuando ocupó su sitio, a la cabeza de una mesa en la que cabían hasta diez personas con holgura.

Melanie levantó las cejas con curiosidad mientras se sentaba a la izquierda de su bisabuela.

—¿Qué te parecería poner un poco de orden en nuestro desván? —preguntó la mujer con una sonrisa pilla—. Allí arriba

hay muchas cajas que ya ni sé qué contienen. Tal vez podrías averiguarlo tú por mí. Como ves, en estos momentos no me tengo muy bien en pie, y Marie está ocupadísima.

La petición sorprendió un poco a Melanie, pero ¿por qué no matar el tiempo en el desván revolviendo entre cajas viejas?

—Sí, con mucho gusto. ¿Qué crees que puedo encontrarme ahí arriba?

—Hace un par de años subí varias cajas de Saigón y desde entonces no he vuelto a tocarlas. Dentro habrá todo lo que puedas imaginar: baratijas, telas, vestidos.

Melanie recordó lo que sus abuelas tantas veces le habían contado. Cuando la guerra de Vietnam llegó a su fin, Hanna y Marie se pusieron en marcha para echar una mano en el país. Después de ciertas dificultades con las autoridades comunistas, consiguieron montar una pequeña fábrica textil y su correspondiente tienda. Allí dieron empleo sobre todo a mujeres necesitadas cuyos maridos habían caído en la guerra, o que se habían quedado embarazadas fuera del matrimonio. Recogieron a prostitutas de las calles y las contrataron en la fábrica. Aunque sus nombres no aparecían en ningún libro de historia, habían hecho muchísimo por ayudar a la gente de Saigón, en especial a las mujeres.

—¿Tienes pensado hacer algo en concreto con todo lo del desván o solo quieres que ordene un poco? —preguntó Melanie, que no se podía imaginar que Hanna hiciera o mandara hacer algo sin un motivo.

Todo aquello estaba allí desde hacía tanto que, en realidad, podría haberle pedido a cualquiera que subiera a poner orden mucho antes.

—Bueno, desde hace un tiempo coqueteo con la idea de ampliar la exposición. Abajo todavía nos queda una sala libre. Quizá encuentres algo que podamos aprovechar, y con todo lo que no sirva para exponerse puedes hacer lo que quieras. —Hanna sonrió con picardía.

—Está bien. Veré qué encuentro allí arriba.

—Estupendo. Estoy segura de que descubrirás algún que otro tesoro. —Y de que te sentará bien hacer algo diferente,

parecían decir sus ojos. Sin embargo, como sabía que a Melanie no le hacía bien la compasión, Hanna prefirió no decirlo en voz alta, cosa que su bisnieta agradeció mucho.

Ya en su habitación, Melanie intentó distraerse mientras vaciaba la maleta. El armario decorado con rosas blancas pintadas era demasiado grande para las cuatro cosas que se había llevado consigo. Mientras buscaba el cargador del móvil, su mano rozó el papel de carta que se había convertido en su constante compañero. Los delicados pliegos con flores azules estampadas habían sido un regalo de hacía tiempo de una amiga a la que en aquella época le divertía fabricar su propio papel. Al principio no había encontrado ninguna utilidad para el montón de pequeñas hojas y sobres plegados a mano; cuando se iba de viaje, escribía sobre todo correos electrónicos o postales. Sin embargo, un mes después del accidente volvió a encontrar el juego y enseguida supo para qué usarlo. Como no podía hablar con Robert, le escribía cartas. No todos los días, porque en su vida tampoco sucedían tantas cosas. Solo escribía cuando ya no lo soportaba más, cuando el dolor y la nostalgia se hacían demasiado grandes y amenazaban con estallar en su corazón.

En cuanto vació la maleta, se acercó a la ventana. El parque estaba tranquilo a la luz de la luna. Los árboles se alzaban oscuros hacia el claro cielo nocturno y la luna se reflejaba en el agua del lago. Le embargó la tristeza. De repente recordó las primeras vacaciones que había pasado con Robert.

—Podría quedarme aquí para siempre —dijo Melanie contemplando el mar Báltico, que ya apenas se diferenciaba del cielo.

Los últimos rayos del sol desaparecían poco a poco tras el horizonte y se llevaban consigo los últimos reflejos rojos del agua. Estaban los dos solos en aquel extremo de la playa. Tras ellos, en algún lugar, sonaba la música *lounge* de una terraza, pero el murmullo hipnótico del agua era más fuerte.

—¿No te parece que se sería un poco incómodo estar siempre aquí, en la playa? —preguntó Robert sin una pizca de romanticismo—. Además, hace bastante frío.

—Yo no tengo nada de frío —repuso Melanie, y se acurrucó contra el cuerpo de él, que, curiosamente, hasta en pleno invierno irradiaba una calidez muy atrayente—. Además, tampoco me refería a pasarme toda la noche tumbada en la arena. Más bien pensaba en lo bonito que sería vivir junto al mar.

Robert le dio un beso en el pelo.

—Tienes razón, sí que sería especial. Aunque, en ese caso, los dos tendríamos que buscarnos otro trabajo.

—Siendo periodista puedes trabajar desde cualquier lugar, ¿no? —comentó Melanie—. Y yo, como fotógrafa, también.

—Sí, pero luego el trayecto hasta mi agencia sería mortal. Y tú tienes que ir al aeropuerto cada dos por tres, e incluso el de Hamburgo queda lejos de aquí.

—Pero eso no quiere decir que no podríamos conseguirlo. Tampoco te pasaría nada por trabajar en una redacción local, y yo podría exponer mis fotografías en alguna asociación de artistas de la zona. Es cierto que no nadaríamos en la abundancia, pero nos bastaría para vivir.

—Oye, ¿te das cuenta de que estamos aquí los dos haciendo planes de futuro? —señaló él con una sonrisa enorme.

—Soy plenamente consciente de ello. —Melanie lo miró. Los últimos destellos de luz crepuscular ya solo dejaban distinguir los contornos de su rostro, pero ella conocía todos y cada uno de sus rasgos: el hermoso arco de las cejas, los labios suaves, la nariz alargada y los ojos oscuros que, con sus espesas pestañas, casi resultaban algo femeninos—. Es que presiento que podríamos tener un futuro. ¿Qué me dices?

Robert la acercó hacia sí y la besó.

—Por mí, tendremos toda una eternidad —contestó, y la estrechó con fuerza entre sus brazos hasta que la oscuridad los envolvió por completo.

Cuando la imagen se desvaneció, Melanie se dio cuenta de que tenía las mejillas mojadas. Por un momento había creído de verdad que volvía a estar allí, pero de pronto comprendió que no era el mar lo que estaba mirando, sino el lago, sobre el que un par de aves nocturnas volaban sin hacer ningún ruido. Seguían cayéndole las lágrimas y Melanie no tenía ninguna intención de contenerlas. Se volvió, se tumbó en la cama y se abrazó al almohadón. Sus pensamientos vagaron hasta esa pequeña habitación de hospital en la que varios aparatos pitaban y chasqueaban, ocupándose de mantener con vida a Robert. Un sollozo nació entonces en su garganta, y ella le dio la bienvenida.

Cuando el silencio se adueñó de toda la casa, Hanna se levantó de la cama con gran dificultad. Los tiempos en los que era capaz de dormir a pierna suelta durante horas hacía mucho que habían pasado. La noticia de que el prometido de Melanie había sufrido un accidente le había hecho tomar conciencia de la suerte que tenía de seguir aún con vida. Pronto cumpliría los cien años, mientras que otras personas, por el contrario, no contaban con la bendición de llegar ni a la mitad. Un mes después del accidente, cuando vieron que el coma no remitía, había deseado poder morir ella en lugar de Robert. Sin embargo, cada mañana volvía a despertar y al final comprendió que debía de existir una razón por la cual todavía no le llegaba su hora. Se dirigió a la puerta. Tan sigilosa como de costumbre, salió del dormitorio y avanzó cojeando despacio por el pasillo. Los analgésicos funcionaban solo a medias, pero aun así conseguía moverse.

A esas horas no había ninguna prisa. Marie dormía. La edad también había hecho mella en ella, aunque no en la misma medida que en Hanna. Intentaba que no se le notara, pero su madre veía con claridad que las arrugas y los mechones blancos de su melena no eran las únicas señales. También le dolían las caderas, se resentía con los cambios de tiempo y a veces tenía arranques de mal humor.

Un sollozo hizo que se detuviera de pronto. Melanie lloraba. Estaba en todo su derecho; el hombre al que amaba se hallaba prisionero de una oscuridad que nadie podía imaginar. Hanna puso la mano en el tirador. ¿Debía entrar y consolarla? Demasiado bien comprendía la pena que la embargaba, pero al mismo tiempo sabía que Melanie no debía abandonarse a ese dolor. Por eso se le había ocurrido la idea del desván. En realidad, Hanna no necesitaba los trastos de allí arriba. Gran parte de ellos habría preferido olvidarlos, pero tenía que darle a Melanie algo con lo que mantenerse ocupada. Además, quizá había llegado el momento de poner un poco de orden: en el desván y en su cabeza.

Después de decidir que no entraría a ver a su bisnieta, siguió renqueando por el pasillo y se detuvo al llegar a la pequeña puerta tras la que se encontraba la sala del altar. Había preparado aquella pequeña habitación, que tal vez fuera el vestidor de la antigua señora de la casa, poco después de su llegada. En su país era costumbre dedicarles a los difuntos una habitación de la casa donde se los recordaba y donde sus almas podían vivir en paz. Se acercó al altar, al que Marie y ella siempre llevaban flores frescas, y saludó en voz baja a sus antepasados en vietnamita. Después contempló las imágenes, acarició una con un dedo e inclinó respetuosamente la cabeza ante otra. Para ella, no importaba lo que hubieran hecho los antepasados, siempre merecían nuestra consideración. La misma que deseábamos para nosotros mismos si ya no estuviéramos aquí.

Tras encender una barrita de incienso, dio media vuelta y se acercó a un pequeño armario algo destartado del que solo existía una llave: la que ella llevaba colgada del cuello y nunca se quitaba. Tenía ese armarito desde hacía muchísimos años y le había acompañado a todos los lugares donde había establecido su hogar. Sin hacer caso del dolor que sentía en los dedos, se sacó de debajo del camisón la larga cadena con la llave y abrió la puerta. Del interior le llegó el familiar olor a flores secas, papel y tela ajada. Deslizó la mano con cuidado por aquellos objetos. Todos pertenecerían a Melanie algún

día, cuando ella abandonara este mundo. Entonces sacó dos objetos del pequeño mueble: un sobre marrón y una placa fotográfica. Empezaría por ahí. Algunas historias no eran fáciles de comenzar y necesitaban que les dieran un empujoncito. Hanna pretendía dejar los objetos en un lugar donde Melanie pudiera encontrarlos y, de ese modo, preguntar por ellos.

Volvió a cerrar con llave el armario, miró de nuevo a sus antepasados y abandonó la sala. En silencio, se deslizó por el pasillo hacia la puerta que ocultaba la escalera de subida al desván. El dolor de huesos hacía que esos peldaños se le antojaran como una muralla infranqueable. Daba igual; tenía toda la noche para subirlos y bajarlos de regreso. Y, por la mañana, empezaría un nuevo día.